

Bernabé Dalmau

Dietario de un
misionero de
la Misericordia



EMAÚS 134

CPL
editorial

CONCLUSIÓN

¿QUÉ QUEDARÁ DE ESTE AÑO SANTO?

«¿Qué quedará de este Año de la Misericordia?». Esta pregunta no la hacen solamente los desconfiados de turno sino que me la hago yo mismo y, conmigo, otras personas de buena voluntad. La respuesta que le doy es la de una analogía con el año litúrgico.

La vida de la Iglesia gira entorno a la celebración anual de los misterios de Cristo sistematizados en unos tiempos fuertes y un tiempo sin denominación propia, «ordinario». En esta Iglesia las generaciones se van transmitiendo la fe, con más o menos impulso evangelizador y con más o menos respuesta a la llamada de Dios. Aparte de la evolución personal en el contexto de varias comunidades y de la historia del mundo, a nivel universal hay sucesos que polarizan la historia. Por ejemplo, la vida de los papas.

Nuestra generación ha quedado durante medio siglo marcada por la celebración del Concilio Vaticano II: la preparación, el despliegue, la aplicación. En el post-concilio los papas han dictado la celebración de años especiales: dos años de la fe, uno mariano y otro de la vida consagrada..., que han acentuado prioridades en la espiritualidad y en la evangelización misma. Son tiempos fuertes, cuyos ingredientes, como el año litúrgico, son los mismos. Incluso cuando se mira con perspectiva y con cierta descontextualización nece-

saria, todo se resume en la práctica de las virtudes a partir del contacto con Jesucristo y el despliegue de la vida trinitaria de cara creyente.

Más arriba he escrito que con el papa Francisco y todo lo que supone el Año Santo de la Misericordia empieza una segunda recepción del Concilio de nuestro tiempo. Quizá sería más justo decir que arranca un impulso promotor de la reforma a partir de la virtud central de la misericordia. Lo que puede dar una nueva configuración del lugar de la Iglesia en el mundo, de la manera de situarse y del modo de vivir ella misma la perpetua misión evangelizadora. A condición de que no se reduzca a una moda verbal, como hemos conocido tantas veces en las últimas épocas (las últimas: la nueva evangelización; el atrio de los gentiles).

Escribiendo esto no menosprecio la misión perenne de la Iglesia, y aún menos el compromiso de los que se han dado a ella a fondo. Solo sitúo nuestro momento en el trabajo de retorno al Evangelio, mina inagotable cuyos filones tenemos que redescubrir. Aceptando nuestro tiempo como un *kairós*, como un tiempo favorable, la vocación de la generación presente es de continuar profundizando el *miseriordes sicut Pater*.

Detengo mis reflexiones el día de Pascua. El Año Jubilar continuará hasta el final del año litúrgico. Pero la Iglesia ha de ser sensible a la misericordia hasta el infinito. Como el mensaje que Cristo resucitado confía a los apóstoles hasta el extremo de la tierra. El Dios que tiene por nombre Misericordia ha de ser conocido siempre, en todos los lugares y por todos.